



ACTA DE RESULTADOS DEL CONCURSO DE CUENTO

En la ciudad de Lima, a los 23 días del mes de Octubre del año 2025, siendo las 17.00hrs, se reunieron en el Salón Ayacucho de la Asociación Círculo Militar del Perú – Jesús María los tres miembros del Jurado Calificador del **Concurso de los XXVIII Juegos Florales “TC Nerio Huacac Espinoza”** organizado por la Promoción “Crl. Mariano Aragonés” 1977, así mismo el Presidente de la Promoción y dos Vocales elegidos por sorteo entre los Delegados de las promociones presentes, dan fe al siguiente resultado:

PRIMER PUESTO	
NOMBRE DEL CUENTO	Hasta el último silbato
NOMBRE DEL AUTOR	Juan Mendiz Apahuasca
PROMOCIÓN	“Nuestros Héroes de la Guerra del Pacífico” 1980

SEGUNDO PUESTO	
NOMBRE DEL CUENTO	Los tres últimos
NOMBRE DEL AUTOR	Ángel Málaga Diestro
PROMOCIÓN	Gral. Brig. Justiniano Borgoño Castañeda” 1989 B

TERCER PUESTO	
NOMBRE DEL CUENTO	Soldado, siempre soldado
NOMBRE DEL AUTOR	Víctor Velásquez Pérez Salmón
PROMOCIÓN	La Brea y Pariñas 1969

MENCIÓN HONROSA:

NOMBRE DE LA POESÍA: El tunche

NOMBRE DEL AUTOR: Ramiro Cáceda Díaz

PROMOCIÓN: “TC. Juan Bautista Zubiaga” 1975 B



MENCIÓN HONROSA:

NOMBRE DE LA POESÍA: El Piwicho

NOMBRE DEL AUTOR: Luis Vergara Fajardo

PROMOCIÓN: “La Brea y Pariñas” 1968

MENCIÓN HONROSA:

NOMBRE DE LA POESÍA: La Hija malagradecida

NOMBRE DEL AUTOR: Francis Vilela de Espinoza

PROMOCIÓN: “Gral. Brig. Justiniano Borgoño Castañeda” 1989 B

1ER PUESTO CUENTO

AUTOR: Gral. Juan Mendiz Apahuasco

PROMOCIÓN: “Nuestros Héroes de la Guerra del Pacífico” 1980

"HASTA EL ÚLTIMO SILBATO"

Autor: Augusto

Nunca imaginé que llegaría a este día. Noventa y tres años han pasado desde que di mi primer paso en la vida militar, allá en una casona fría de provincia donde soñaba con ser Cadete, y más tarde Oficial del Ejército del Perú. Hoy, parado al borde de esta pista atlética, siento que cada arruga en mi piel cuenta una anécdota de disciplina, constancia, sudor y camaradería.

Corría el año 1992 cuando se organizaron por primera vez los **Juegos Deportivos Interpromociones del Ejército en Situación de Retiro**, los **JUDEINPRO**. Yo tenía poco más de sesenta años y pensaba que los músculos ya no obedecían como antes. Pero bastó escuchar el pitazo inicial de la competencia de atletismo para que se encendiera algo dentro de mí. Un impulso. Una memoria. Un deber.

Desde entonces no me he perdido una sola edición. Año tras año, con mis zapatillas bien amarradas y la medalla invisible del deber sobre el pecho, he participado en todas las disciplinas que mi cuerpo -y a veces solo mi terquedad - me han permitido: atletismo, tenis, tiro, natación, paleta frontón. La vida me enseñó que el retiro es solo administrativo, nunca moral.

Fui el capitán de mi Promoción durante el servicio activo. Hoy, soy el último en competencia de aquella gloriosa Promoción de 1955. Algunos partieron ya; otros vienen a verme desde las tribunas, a veces con una sonrisa, a veces con lágrimas. Siempre con orgullo.

Este año, al terminar mi serie de natación, vi que me esperaban al borde de la piscina, no con una toalla, sino con una sorpresa: los organizadores decidieron rendirme un homenaje.

- Mi Coronel, ¿aceptaría unas palabras de reconocimiento antes de la clausura? - me dijo un joven Oficial organizador, con ese respeto genuino que aún conmueve cuando viene de los más jóvenes.

Acepté con una mezcla de humildad y vértigo. Nunca me han temblado las

piernas en una línea de tiro, pero debo confesar que sí lo hicieron al tomar el micrófono aquella tarde, en medio del coliseo.

Me paré derecho. Ajusté el cuello de mi buzo con dos escudos bordado, del Ejército y de mi Promoción. Respiré hondo y comencé a hablar.

- Compañeros de armas -dije-, jóvenes de hoy y de ayer, hijos del mismo uniforme: les hablo con el corazón en la mano y las piernas un poco cansadas.

Rieron algunos, se relajó el ambiente. Se me vino a la memoria mi primera competencia de atletismo en el antiguo estadio Nacional. No la gané, quedé tercero, pero aprendí mucho de ella, a contener la rabia y el dolor de la derrota, sobretodo a dominar mis impulsos. Continué:

- Hace muchos años, cuando ingresé a la Escuela Militar, creía que el servicio terminaba al colgar el uniforme. ¡Qué equivocado estaba! El espíritu militar, ese que se nos forja a punta de rigor, camaradería y amor a la patria, no se retira. Solo cambia de frente.

El silencio era total. Solo se escuchaba el leve zumbido de una abeja que se había metido por los toldos.

- He competido en tenis y aprendí autocontrol y manejo del estrés. En atletismo, a seguir corriendo, aunque el aliento no alcance. En tiro, a calmar el pulso como se calma la rabia. En natación, a flotar sobre el miedo. Y en paleta frontón, a calcular la fuerza sin perder la estrategia. Cada deporte me ha enseñado algo distinto... pero todos me han recordado lo mismo: la guerra no es el único campo donde se mide el valor del Soldado. A veces, la verdadera batalla está en no dejar de intentarlo.

Algunos aplaudieron, otros se pusieron de pie.

- Muchos de ustedes son jóvenes Oficiales -dije mirando al fondo del coliseo-, o Cadetes que han venido a observar. A ustedes les digo: vendrán días en que creerán que el cuerpo se rinde. Que ya no queda fuerza. Que es mejor ver desde la tribuna. No se engañen. El Soldado no envejece, se convierte en historia. Pero hay que luchar por ser historia viva.

Hice una pausa. Vi los rostros conocidos: mis nietos, Juan y Sergio, que

venían con sus polos bordados con "Vamos abuelo", los hijos de camaradas que alguna vez compitieron conmigo, el Suboficial que aún me ayuda con mis calentamientos y que se ha convertido en familia. Vi también a los más jóvenes, de espaldas rectas y manos listas para el saludo militar. Ellos eran ahora lo que yo fui. Y yo soy, aún, un reflejo de lo que ellos pueden llegar a ser.

Cerré el discurso con estas palabras:

- Gracias a los JUDEINPRO por mantener encendida esta llama. Gracias a mis compañeros por no dejar que se apague. Y gracias al Ejército, por recordarme que servir nunca termina. Como el sol, que no se jubila, solo se oculta un rato antes de volver a salir... nosotros también renacemos con cada nuevo silbato.

Bajé del estrado. No con la velocidad de antes, pero sí con la dignidad intacta.

Al salir, un Cadete se acercó. Tendría unos 19 años. Me extendió la mano con firmeza.

- Mi coronel, quisiera ser como usted cuando tenga su edad.

Le respondí con una sonrisa que no necesitaba palabras, pero le dije:

- Empieza por respetar tu cuerpo, tu país y a tus camaradas. Y nunca dejes de competir, aunque sea contigo mismo.

Nos dimos el saludo militar. El suyo era firme. El mío, tembloroso... pero eterno.

Esa noche, al volver a casa, me quité las zapatillas despacio. Miré las medallas que cuelgan de una vieja repisa, cada una con un número, una categoría, un año. Pero la que más guardo está en el corazón: la de haber seguido, año tras año, presente y con el alma en alto.

Antes de dormir, dejé lista mi mochila para la próxima edición de los JUDEINPRO. Porque solo Dios sabe cuándo sonará el último silbato.

Cuando me llegue el último silbato, quiero que en mentes y corazones de todos aquellos que me conocieron siga resonando mi espíritu de lucha y tesón, que me recuerden como un "luchador de vida".

2do PUESTO CUENTO

AUTOR: Crl. Ángel Málaga Diestro

PROMOCIÓN: Gral. Brig. Justiniano Borgoño Castañeda” 1989 B

LOS TRES ÚLTIMOS

Seudónimo: JOMAR

Felipe tenía dieciséis años cuando ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos. Su padre, que había servido en el Ejército, le advirtió:

-En el Ejército siempre toman a los tres últimos para todo. Si no eres rápido, te van a castigar.

Felipe no le dio mayor importancia. Creía que lo más importante era desarrollar sus valores, no competir por la velocidad.

En la bienvenida, un Coronel habló en el auditorio:

- La carrera militar no es de velocidad, sino de resistencia. Con velocidad pueden llegar más rápido; pero, con resistencia, más lejos.

Felipe sintió alivio. Quizás su padre se equivocaba. Sin embargo, al ingresar a las cuadras, descubrió otra realidad.

El teniente les enseñó cómo uniformarse. Luego, ordenó:

- ¡Tres últimos en estar correctamente uniformados!

Felipe apenas había terminado de atarse las botas cuando escuchó la orden de formar. Dedicó un breve recuerdo a su padre. Salió apresurado, pero al cuadrarse en su puesto, descubrió que aún le faltaban detalles. Cuando el teniente pasó revista, lo señaló junto a otros dos cadetes.

- ¡Estos son los tres últimos!

Felipe sintió el peso de las miradas de sus compañeros, con ojos cargados de acusación y de reproche. Acto seguido, los tres últimos fueron sancionados con ranas, planchas y canguros.

Al rato, el teniente volvió a gritar:

- ¡Brigadier! ¡Me anota a los tres últimos en estar formando afuera!

Los cadetes salieron disparados. Al llegar al patio, se aglomeraron, se empujaron y se desesperaron por no quedar entre los tres últimos.

Felipe corrió con todas sus fuerzas, pero no pudo evitar quedar entre los últimos. A sus costados estaban los mismos dos cadetes que habían sido sancionados con él.

Felipe dio su nombre, y luego se enteró del nombre de los otros dos: Francisco y Mauro.

Ese fue solo el comienzo. Oía tras día, Felipe quedaba entre los tres últimos en tender su cama, limpiar su armamento, cambiarse de uniforme o salir a formar. Y cada vez, los castigos eran peores: quedarse de plantón en el patio por horas, dar

vueltas interminables al estadio o perder las salidas de paseo el fin de semana.

la mayoría de las veces, Felipe se encontraba acompañado de Mauro y de Francisco. Pronto nació entre ellos una especie de amistad cómplice.

Una noche, el teniente los envió a correr alrededor del campo. Cubiertos por la oscuridad, algunos cadetes tomaron un atajo, para no quedar últimos. Felipe estuvo a punto de seguirlos, pero aquello le pareció tan deshonesto que se contuvo. Llegó último, pero con la conciencia tranquila.

Un día, antes de su primera marcha de campaña, Francisco les anunció que pediría su baja.

- La vida militar no es para mí. En el campo nos van a castigar a los tres últimos. No quiero pasar por eso.

Felipe y Mauro lo convencieron de quedarse hasta después de la marcha.

- Si te vas ahora, dirán que lo haces por miedo.

Francisco aceptó.

A la madrugada siguiente, el teniente los despertó con gritos.

- ¡¿Qué hacen durmiendo?! ¡A equiparse! ¡Voy a tomar los tres últimos!

Mauro había sido soldado. Sabía armar el equipo. Terminó rápido y ayudó a Felipe.

Luego, juntos, ayudaron a Francisco.

Salieron al patio. Fueron los primeros. Sintieron una mezcla de orgullo y emoción. Se miraron en silencio y estrecharon sus manos, como sellando un pacto.

Durante la marcha recorrieron kilómetros con equipo completo. Al llegar, el teniente ordenó armar las carpas. Como siempre, tomaría a los tres últimos. Repitieron la misma estrategia: Mauro terminó primero y ayudó a sus compañeros. Nuevamente, fueron los primeros.

Los otros cadetes, en su afán de no ser castigados, competían entre ellos con egoísmo, traicionándose. Pero siempre había tres últimos. Estos subían a un cerro y gritaban:

- ¡Soy muy lento, debo ser más rápido para no morir en la guerra!

Las risas y burlas de los compañeros resonaban en la noche del campo.

Esa semana, los tres amigos fueron los primeros en todo. Pero pronto descubrieron que eso no significaba nada. No había premio para los primeros.

Al día siguiente, tenían su primer ejercicio de tiro real: "fuego en movimiento". Se formaron equipos de tres cadetes cada uno. Un cadete corría disparando a las siluetas, luego se lanzaba al suelo. El segundo repetía el proceso hasta alcanzarlo. Luego, el tercero. Y así avanzaban juntos hasta la línea final.

Ellos decidieron ser equipo. Mauro les enseñó la técnica. Practicaron varias veces hasta coordinar a la perfección.

El día de la prueba, ejecutaron su ejercicio de manera impecable. El teniente los felicitó.

- ¡Así se hace! ¡Trabajo en equipo!

Sintieron una alegría difícil de explicar.

Luego, le tocó a otro equipo. Nerviosos y desesperados por destacar individualmente, no coordinaron bien. Uno de los cadetes, ansioso por adelantarse, disparó antes de tiempo.

Después del disparo, un cadete cayó al suelo.

Había sido herido en la pierna.

Lo evacuaron a Lima. Más tarde, supieron que no había muerto, pero que ya no podría continuar en la Escuela.

Al volver del campo, por primera vez, los tres amigos salieron de paseo. El orgullo estaba dibujado en su rostro.

Cuando regresaron de su salida en la noche del domingo, se reunieron para contarse todo lo que habían hecho.

Francisco les comunicó que ya no se iría de baja. Se abrazaron.

Pasaron los cuatro años de cadetes y se graduaron. Siguieron siendo amigos a través de los años.

Cuando ascendieron a tenientes, coincidió que los enviaron a trabajar a la Escuela Militar como instructores.

Un día, mientras caminaban por el patio, escucharon que un teniente gritaba: «¡Voy a tomar a los tres últimos...!».

Se miraron. No pudieron reprimir una sonrisa.

Los días en que ellos eran los tres últimos parecía un recuerdo lejano.

Se propusieron hacer un cambio y estrecharon sus manos, como si estuvieran sellando un nuevo pacto.

Desde ese día implantaron la norma no escrita de no castigar a los tres últimos, sino premiar a los tres primeros. Y fomentar el trabajo en equipo. Así como premiar a aquellos más fuertes y rápidos que ayuden a sus compañeros más débiles y lentos.

3ER PUESTO CUENTO

AUTOR: Víctor Velásquez Pérez Salmón

PROMOCIÓN: La Brea y Pariñas 1969

SOLDADO, SIEMPRE SOLDADO

"ESCORPIO"

Uno de esos días, en que uno no quisiera recordar, lo encontraron muerto, en plena calle, en su mismo barrio, en el que había juguetado en patota cuando niño, a la salida del colegio, los domingos de verbena, antes de ingresar al Ejército.

Lo conocí en plena selva, yo de comandante de batallón y él, como jefe de sección, al ritmo del canturreo de loros y de marchas militares, al cuidado de una frontera tan ancha y llena de hechos de una historia patria llena de heroísmos y de glorias. Él venía de la zona de emergencia, sirvió en dos unidades más, y volvió de manera voluntaria. Y en ese infierno, sucumbió.

En la unidad de selva, estuvo de jefe de puesto de vigilancia en la línea de frontera. Al relevarse, vino al puesto de comando, para ser evacuado a Iquitos, porque había sido cambiado de colocación.

Estuvo solo unos días, y mostró ser disciplinado. Muy sociable. Formó parte tanto del equipo de fútbol o vóley mixto cuando hacíamos deportes todas las tardes de 3 a 5 p.m. y en algunas noches de timba, fue un activo participante, las que no terminaban hasta que se consumían los mecheros de petróleo hechos de latas de leche.

En un descanso, cuando estaba instruyendo a los soldados, lo llamé a mi oficina, para conversar con él, como lo hacía con toda la gente a mi mando. La conversación giró hacia sus experiencias en la zona de emergencia,

En un trance shakesperiano, de ser o no ser, me dijo:

- Maté a varios peruanos como la mayoría, para no morir. Y, en nombre de los derechos humanos, no de los soldados sino de los terroristas, hoy la justicia caviar, me persigue.
- Era como tú dices, matar o ser muerto, le respondí.
- Sí, me dijo, pero no puedo estar tranquilo.

Intento distraerlo en otros temas, y le pregunto que cómo está su familia.

- Bien están, bien, me dice. Los extraño mucho. Yo soy el benjamín de la familia, añade muy contento.

Quiere seguir contándome sobre sus vivencias personales. Lo escucho.

- No sé cuántas noches soñé que estaba al lado de mis padres y hermanos, con mis compañeros de colegio y de mis amigos de barrio. No sé cuántas cartas de amor le escribí a mi novia jurándole amor eterno. No sé cuántas horas en medio de la guerra, rece para no perder las esperanzas de volverlos a ver. No sé cuántas evocaciones de los juegos de fútbol en pista, carreras de bicicleta o patines evoqué o enamoramientos en fiestas psicodélicas recordé. Lo que sí sé es que me mantuvieron vivo, despierto, en guardia, en alerta, cuando el eco de la soledad o la pisada de enemigos o ayes de moribundos, pretendían burlarse de mi memoria. Todo esto sucedía, hasta que, hasta que el amanecer de un nuevo día, me dijera que la misión aún no había terminado.

Le digo que lo comprendo. Que, como él, todos los veteranos de la pacificación nacional sabemos que, después de los combates, no hay reposo en el guerrero. Que por nuestra mente, como una película sin fin, nos vemos a media loma a medio camino entre lo abrupto del terreno, entre el pasto y el follaje, a mitad del pueblo inhóspito y la inmensidad de la ceja de selva, esperando al enemigo, con la consigna de ¡Matar o Morir! Que, en medio del silbido de balas y estruendos de dinamita, hedor de muertos abandonados a la vera y en camino al purgatorio, y heridas graves que no tienen cuándo dejar de desangrar, nos forjamos combatientes.

Nos abrazamos. Le digo que descanse, que mañana temprano llegará la embarcación para que se vaya a Iquitos. No lo volví a ver.

Supe, que volvió a servir en la zona de emergencia, y de allí fue evacuado e internado en la Clínica de Psiquiatría del Hospital Militar Central. En el sótano, adonde nadie visita, estuvo internado seis meses hasta que le dieron de baja. Se fue entonces a vivir al sur chico con su familia, y allí, murió.

Me contaron que vivía en soledad. Seguía en guerra. Se volvió violento. Se volvió vulnerable, y en ese trance, las malas juntas lo asediaron. La muerte de sus compañeros, algunos destrozados en pedazos por la dinamita que los terroristas robaban de las minas y lanzaban a los transportes militares, lo acompañaron, siempre. Que no entendía la razón por la que los terroristas, llamados indebidamente justicieros sociales, los que eran campesinos o estudiantes fueran a la vez asesinos de soldados.

Al morir, en el bolsillo derecho del pantalón, en su billetera, doblada en cuatro, se le encontró una carta a su madre, despidiéndose de ella.

"Querida Mamá":

"Vine a tu encuentro, de ti y de mis seres queridos, para curar mi alma, pero los recuerdos de matar para no morir, no se borraron. No es como dicen los periodistas o intelectuales cuando afirman que somos una máquina de matar, inhumanos o criminales de lesa humanidad. Ellos deben saber que, dentro de cada uniformado, hay un ser humano de carne y hueso con sentimientos y criterio para diferenciar el asesinato de la supervivencia".

"Los que denominamos terrucos, eran gente sin compasión. Fusilaron, degollaron, y quemaron a soldados. Hicieron lo propio con mujeres, niños y ancianos indefensos, solo por rechazarlos".

"Voy a morir hoy, para que tú, querida y adorada madre, dejes de sufrir mañana. Para que no sigas avergonzándote de mí, que te falle. Soy drogadicto. La verdad es que estaba muriéndome en vida. Dios y la Virgen, saben que te quiero mucho".

"Perdóname, Mamá".

Sus padres y hermanos, y la novia que no pudo llevar al altar, llevaron el luto con suma tristeza. Habíase muerto el que había ido al campo de batalla en busca de defender a su misma sociedad y lo había logrado. Sin haber podido sanar sus propias heridas, murió. Se había ido al cielo un hijo bondadoso, un hermano compasivo, pero por sobre todo, un soldado, siempre soldado.

MENSIÓN HONROSA CUENTO

AUTOR: Crl. Luis Vergara Fajardo
PROMOCIÓN: “La Brea y Pariñas” 1969

PIWICHO

Seudónimo: Titan 25

Desde años anteriores, Perú se encontraba superando una profunda crisis interna, ocasionada por el terrorismo sumado a una crisis económica dejada por el anterior gobierno, lo que fue descuidando la defensa externa para priorizar la interna.

La misión, encargada por "Chito" Kiabra parecía simple: "Piwicho, le dijo, los monos tienen intervenidas nuestras comunicaciones, han tendido cables por toda la zona. Tenemos que enlazarlos con los Puestos de Cueva de los Tayos, Base Sur, llegando hasta Falso Tiwinza, no se puede mantener la posición pues la logística y la información es nula. Necesito que, como conocedor del monte, lleves unos mensajes. Sales al amanecer y estás de vuelta a la caída de la tarde. Lleva tu ración del día y algo ligero para defenderte. Ya hemos trabajado juntos, confío en ti. Eso es todo, ¡suerte!"

La una de la madrugada. La luna se va ocultando poco a poco para dar paso a unas nubes negras que amenazan con malograr la noche. A las justas se puede distinguir entre el follaje ayudado por una pequeña linterna. Va de regreso al PV1. El soldado se mueve con sumo cuidado, fijándose en cada paso que da. Observa la quebrada. Considera que es mejor seguir la corriente y caminar por sus aguas para evitar el posible tropiezo con alguna serpiente que pudiera estar enrollada en medio del camino. Evita resbalarse cogiéndose de los raigones, no le importa estar confundido entre las aguas. ¡a la hora que se le ocurre tropezarse con una patrulla enemiga, retrasará su retorno! Ya cumplí con la parte difícil, piensa, ahora el regreso. El machete dificulta su paso, pero se las ingenia.

No es la primera vez que retorna de una misión a estas horas. Sin embargo, no deja de sentir algún cosquilleo en el cuerpo cada vez que se encuentra solo en medio de la selva. Por ratos su rostro es golpeado por un viento frío que viene desde muy lejos, de allá, de arriba, de donde nace el Cenepa. Un grillo emite un agudo chillido, estallando, seguidamente, una melodía monótona que contribuyen otros grillos. Se aturde, mueve la cabeza lentamente, tratando de escrudinizar entre la maleza. Teme al otorongo, pero más le teme a alguna patrulla del invasor. Siente que sus piernas le tiemblan. Tiene que correr, si correr, pero... Trata de calmarse. Lleva las manos hacia su machete mientras el frío recorre su cuerpo. Se seca la frente con los puños, aunque la verdad de nada le sirve porque la lluvia se desata con una violencia desenfrenada que le impide visualizar. Nuevamente un relámpago le anuncia la presencia de unas sombras en medio de la maleza. Esta vez cree distinguir unas siluetas. Luego la oscuridad le sirve de marco al golpetear de la lluvia. Empieza a acelerar sus pasos sin importarle el dolor que acuna su pie izquierdo. Entonces corre mientras prepara su arma con la idea fija de llegar al recodo lo más rápido posible.

Es de la idea de disparar al primer bulto que se asome. No puede estar huyendo toda la noche. Ni bien llega se acomoda entre las ramas del árbol caído de capirona. Quiere maldecir, pero sólo atina a morder sus labios. Suelta el machete para mejorar su posición. Afina el oído, los pasos se hacen más insistentes.

Son pasos de varias personas, cortos y sigilosos. No tiene tiempo de pensar más. Demasiado tarde para pensar. Tiene los pasos a unos metros. Se agazapa, rastrilla el arma, trata de distinguir, pero sólo descubre que una oscuridad lluviosa lo acompaña. Nada que pueda ayudar a identificar a sus imaginarios perseguidores. Sin embargo, los siente tan cerca que casi puede olerlos. Tiene la mano firme puesta en su arma.

No le queda más que esperar. Está ahí, tenso. Sólo falta que haga su aparición y descargue su arma. Pero no tiene duda: algo se mueve entre una rama caída. Entonces el relámpago lo descubre cerca de él. Con los miembros extendidos y la boca abierta.

Un solo disparo estremece la selva, repercutiendo por varios segundos, mientras un agudo quejido se eleva perdiéndose entre los árboles que bordean la orilla. Después el silencio, Luego la noche es cortada por el movimiento de unas ramas al escapar animales asustados. Empieza a correr con los ojos bien abiertos dejando su bolsa en medio de la quebrada. Siente que su aliento se puede cortar en cualquier momento. Corre sin detenerse varios minutos, ¿hacia dónde? Su orientación natural le dice

que está próximo a su base. Descubre con desesperación que ha llegado sano y salvo.

En el 1995, entre los meses de enero y febrero, se produjo el conflicto del Alto Cenepa entre Perú y el país vecino del Ecuador, en el lado oriental de la Cordillera del Cóndor. El escenario sería la cuenca del río Cenepa, dentro de suelo peruano. A pesar de los factores en contra, las acciones militares lograron la recuperación de puestos como Cueva de los Tayos y Base Sur, llegando hasta Tiwinza, aunque no pudo ser mantenida la posición pues la logística era insuficiente y la línea de abastecimiento era larga y desgastadora.

El 22 de febrero, un grupo de comandos peruanos atacó sorpresivamente el denominado Falso Tiwinza (cota 1061), capturándolo. Ese fue su "Miércoles Negro", en el cual, según su misma versión, ese día tuvieron la mayor cantidad de bajas de todo el conflicto

El dispositivo de ataque fue: con una patrulla en seguridad, aislar el campo de batalla, dos patrullas de asalto para la conquista del objetivo y tres patrullas de envolvimiento para cortar la retirada del enemigo.

A las 1030 horas se realizó el ataque en forma violenta y por sorpresa, tomando la posición de morteros, el puesto de comando y comunicaciones enemigas.

Tuvieron más de 41 bajas en toda la zona y se obtuvo abundante material bélico; paralelamente, la patrulla instalada en posición de emboscada aniquiló a una patrulla enemiga y capturó un prisionero de guerra.

Perú y Ecuador, gracias a la firma del acta de Brasilia, aceptaron la culminación del proceso de demarcación fronteriza en el tramo de 78 kilómetros que se encontraban pendientes. Así fue como se ratificó el protocolo firmado en Río de Janeiro, en 1942.

La demarcación de la frontera sobre las cumbres de la cordillera del Cóndor zanjó todo conflicto, ratificando la posesión peruana de la zona del Cenepa, incluyendo Tiwinza.

MENCIÓN HONROSA CUENTO

NOMBRE DEL AUTOR: Francis Vilela de Espinoza

PROMOCIÓN: “Gral. Brig. Justiniano Borgoño Castañeda” 1989 B

La hija mal agradecida

Seudónimo: Manon

Jacinto Lara vivía en una linda y acogedora casita de su propiedad, en Ayacucho. Sus días transcurrían entre el aroma de la tierra húmeda y el maíz recién cosechado. La agricultura era su sustento y el de su esposa, Olivia, y su hija Delia, de quince años. La vida parecía sencilla y tranquila, marcada por el canto de los gallos al amanecer y el murmullo del viento entre los eucaliptos.

Pero aquella paz se quebró una mañana cuando, en el horizonte, Jacinto divisó a un grupo de desconocidos. A medida que se acercaban, distinguió las armas que llevaban colgadas de los hombros. Sintió que la sangre se le helaba. Los rumores de «visitas» a los vecinos - extorsiones, amenazas, saqueos - resonaron en su mente. No había duda: eran terroristas. Esa tarde, por miedo a represalias, Jacinto accedió a entregarles dinero y provisiones, con la esperanza de que no regresaran.

Pero regresaron. Una y otra vez llegaban, llevándose lo poco que tenían y dejándolo apenas con lo justo para sobrevivir. Entonces, Jacinto tomó una dolorosa decisión; vender aquella casita que tanto amaba, abandonar la tierra que lo vio nacer y emigrar con su familia a Lima. Soñaba con hallar lo que había perdido: tranquilidad, paz y un futuro para su hija.

Así fue como llegaron a Lima cargando pocas pertenencias, y muchos recuerdos y esperanzas. La ciudad los recibió con su bullicio incesante y su cielo gris, tan distinto al azul profundo de los Andes. Se instalaron en un cuartito alquilado, donde apenas cabían sus pocas pertenencias.

Jacinto, acostumbrado a largas faenas en el campo, no conocía el descanso. Apenas amanecía, salía a recorrer calles desconocidas en busca de trabajo. Pensó que sus manos, acostumbradas a la tierra y al cultivo, podrían hallar un lugar en la jardinería. Caminó durante días, pero no se rindió.

Hasta que encontró una casona antigua, de altos muros y un extenso jardín cubierto de maleza. Tocó la puerta, preguntó si necesitaban sus servicios. La respuesta fue un «no» seco y desconfiado. Pero, Jacinto no se detuvo: con paciencia y empeño, se las ingenió y trabajó hasta que el jardín recuperó su belleza.

La dueña de la casa, una viuda muy desconfiada, quedó asombrada al ver el cambio.

Pronto, su desconfianza inicial se tornó en gratitud y respeto. Con el tiempo, al conocer la honradez y la nobleza de Jacinto, le ofreció un cuarto que tenía desocupado para que viviera allí con su familia. Jacinto se convirtió no solo en jardinero, sino también en vigilante, y poco a poco, ese lugar extraño comenzó a parecer su nuevo hogar.

La calma pareció al fin acompañarlos. Pero, esa frágil paz se quebró cuando Olivia enfermó gravemente. Ni los cuidados de Jacinto, ni las plegarias, ni los remedios lograron salvarla. Meses después, Olivia partió, dejando tras de sí un vacío insoportable.

Durante el calvario, la dueña de la casa apoyó a Jacinto en todo. Lo acompañó en el hospital, le ayudó con el sepelio y le brindó consuelo. Jacinto, devastado, se refugió en el trabajo, encontrando en sus manos ocupadas una forma de sobrevivir al dolor.

Delia era su mayor orgullo. Siempre había sido una alumna sobresaliente, y en Lima continuó brillando. Con esfuerzo, culminó la secundaria con honores e ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Jacinto la miraba avanzar con una mezcla de orgullo y esperanza: cada sacrificio había valido la pena.

Sin embargo, la universidad trajo consigo un nuevo mundo para Delia: amigos con gustos distintos, sueños más ambiciosos y lujos a los que ella no estaba acostumbrada. Empezó a exigirle más a su padre, no por necesidad, sino por el deseo de encajar. Jacinto hacía lo imposible para complacerla, aunque sus ingresos

nunca bastaban. Delia comenzó a sentirse inferior a sus compañeros y proyectó esa frustración sobre él: lo trataba con frialdad, evitaba presentarlo y lo mantenía lejos de sus reuniones. Le avergonzaban sus ropas sencillas y su oficio humilde.

Jacinto soportaba en silencio. Todo sacrificio era poco si con ello su hija lograba una vida mejor.

El día del cumpleaños de Delia, la dueña de la casa insistió en costear la fiesta y ceder su terraza. La noche estuvo llena de música y risas. Pero, para Jacinto fue una velada amarga: su hija apenas lo miró y lo mantuvo apartado, como a un extraño.

Los años pasaron. Delia logró graduarse como médica general. Sin embargo, con el título en sus manos, también se alejó totalmente de su padre. Jacinto siguió trabajando con disciplina, mientras el orgullo por los logros de su hija se mezclaba con una soledad silenciosa.

El tiempo siguió su curso, implacable. Delia, ya médica especialista, trabajaba en la Morgue Central de Lima, rodeada de un silencio pesado, realizando la necropsia de las personas fallecidas.

Una mañana le asignaron la necropsia de un NN, un hombre atropellado en una calle cualquiera de la ciudad. Se colocó los guantes con gesto aburrido. Sin embargo, cuando levantó la sábana y vio aquel rostro endurecido por la muerte, sintió que el aire se le iba.

Frente a ella yacía su padre.

Jacinto estaba inmóvil, sereno, con el mismo semblante que había mostrado siempre. Sus manos, las mismas que habían sostenido su vida con sacrificio, ahora estaban frías para siempre.

El llanto de Delia rompió el silencio de la morgue. Recordó cada gesto de desprecio, cada palabra dura y cada vez que había ocultado su origen humilde. Y comprendió, tarde, que aquel hombre al que había repudiado era quien había construido su futuro a fuerza de amor y renuncia.

Se arrodilló junto al cuerpo, acarició las manos ásperas que tantas veces habían trabajado para ella y sintió cómo el peso de los años y de sus errores caía sobre sus hombros. En aquel frío recinto, bajo la luz blanca de los fluorescentes, Delia entendió que el amor de un padre no conoce límites, pero sí puede conocer el abandono. Y ese pensamiento la atravesó como un cuchillo.